

El Árbol de la Vida By Auxi Rodríguez

Auxi Rodríguez

EL DE LA ÁRBOL VIDA



Auxiliadora Rodríguez Suárez

Cuento juvenil y de adultos

Capítulo 1

El Árbol de la Vida

El conflicto y el anciano Agumey

Los habitantes de estas tierras nunca habían visto nada parecido. Para ellos la lluvia era una bendición de los dioses que en su infinita bondad les habían obsequiado con estas maravillas de la Naturaleza. Todos los días rogaban mirando al cielo que esa fina capa transparente cayera líquida, gota a gota, sobre sus cuerpos, como cae sobre el árbol la pegajosa savia: sangre de drago. La sangre de la vida era un preciado don en estas tierras. La ansiaban y deseaban como un niño la leche materna. La Madre Naturaleza les otorgaba escasas veces al año sus lágrimas de partera. Sus cánticos, entonados quejosos y susurrantes, se elevaban hacia el cielo pidiendo repetitivamente que lloviera mientras blandían ramas sobre el agua de ese azulado mar en una pequeña cala de cantos rodados.

Mirando hacia arriba, tras alzar la vista, sólo quedaban deslumbrados por el ardiente astro; Acorán les observaba y Magec era el sol. Sus pupilas se dilataban y sus narices se inflaban, sus pómulos enrojecían... Esa luz blanca, amarilla, de tonos ocres y, a veces, rosados, invadía impunemente todo lo que podían mirar sobre sus cabezas. En el cielo estaban los astros, las aves que surcaban con sus potentes alas un mar de nubes calmas y sólo las esperanzas estaban presentes en sus brillantes pupilas. Sus ojos, tal que ventanas abiertas al cielo, comunicaban sensaciones frías como una lágrima que corre sobre una pálida mejilla, o una gota de lluvia que se escurre entre originales hojas caducas, cuyas formas le son familiares al isleño. Sólo la luz cálida y esa ansiada agua las hacían florecer, como crece la esperanza en el corazón del que mira. Pero la lluvia no llegaba aún.

Día tras día, jornada tras jornada, largas horas, una detrás de la otra, rogaban y observaban: en el cielo los astros, los pájaros volaban, las nubes calmas y la luz que brillaba, pero la lluvia no regaba. Año tras año, las fuentes de la vida se renovaban en estas tierras, que se mostraban con colores singulares, cuyo reflejo devolvía la retina de los pobladores de Imaginaria. Sin embargo, los dos últimos no estaban siendo tan fértiles como era de esperar. Los propietarios de estas tierras, que plantaban su simiente esperando recoger el preciado fruto que otorga la sabia naturaleza, no podían hacer nada más que lamentarse de su desgracia. Décadas atrás, la isla que habían recorrido con sus cuerpos, sus miradas y sus sentidos, era un paraje de bellas discordancias, pues insólitas casualidades e inauditas divergencias hacían de ella una tierra extrañamente bella en apariencia. Estos hombres que vivían de ella, de su savia, esperaban el agua como a lluvia adorada regalada por los dioses, festejándola, llamándola, deseándola, divinizándola. Pero el agua no

llegaba. Ni una gota había caído, ni siquiera como tímido rocío de primavera.

Sólo refrescaba la escarcha que recubría los tejados de paja, humedeciéndolos, y enfriando las paredes de sus viviendas, lo que les protegía del rígido calor que asfixiaba de día, pero que no se retiraba a la noche. La época de lluvias estaba ya en sus inicios y las nubes seguían desafiando, orgullosas, las miradas desamparadas de los que cantaban al cielo. Tanto pedían, rogaban y lloraban, que un día, de repente, sus lágrimas se volvieron grises, como las esponjosas formas que dibujaban los vientos. Y sus ojos no podían ver más allá de lo que está cerca la cara del que besamos en amistoso o amoroso gesto.

Esa lluvia ya no era divina, y el gesto de sus rostros mostraba el temor del que observa y sabe que los dioses castigan a los que no respetan y veneran su presencia. La fuerte lluvia parecía ser más poderosa que el gran disco que brillaba en lo alto, que la fría forma apagada de esa tenue luz nocturna, que el silbido de los que corren entre el espacio y el tiempo suave o tempestuosamente.

Poco tiempo antes, sus pobladores habían llegado a la conclusión de que algo les faltaba en tan frondoso vergel. Los sabios habían debatido vigilia tras vigilia, en el tagoror, aquella cuestión. La música silenciosa de la lluvia sobre las hojas ya no susurraba creando las bellas armonías de antaño. El que conoce, escucha; y, a él, llega la voz de la lluvia, mensajera de los dioses.

Resolvieron ir a consultar a la hechicera de la tribu de Achamán, en un lugar extraño y recóndito de la isla. Decían que era capaz de predecir el futuro con gran exactitud empleando las conchas marinas y las tripas de un can que hubiese muerto desangrado tres días antes de la luna llena. Sólo su especial relación con los espíritus podía resolver tal incertidumbre. Si los sabios habían tomado esta decisión, el asunto debía de ser grave.

Para llegar hasta donde moraba aquella tribu, debían encontrar primero el árbol de la vida, que estaba en flor todo el año y cuyas hojas portaban el agua de lluvia sin descanso. ¡Ahemón! Si bebían de ella, permanecerían jóvenes por muchos años; eso creían al menos los que allí habitaban, pero el único que sabía cómo llegar hasta allí era un viejo desdentado que estaba casi ciego. Su agua debía ser el tributo a ofrecer a la adivina. Sería lo único que podría contentarla para encontrar las respuestas que buscaban.

El anciano Agumey, llamado 'el anciano', vivía al otro lado del poblado, en una casa de piedra azul tallada, muchos años ha, por expertas manos. Era el hombre más viejo de la tribu y llevaba muchos años viviendo solo, desde que murieron sus hijos. Los ancianos debían ser respetados por la honorabilidad que les daban sus canas y escuchados siempre en reuniones

de la tribu como consejeros. Al estar sin familia, el anciano dependía de otros para sobrevivir. Por compasión y respeto a su condición, algunos de los vecinos de Agumey le proporcionaban los alimentos vitales para poder vivir día a día: algo de grano de las sementeras de julio, agua dulce de los aljibes, algunas lapas, las dulces hijas de las palmeras más frondosas de la isla, pescado seco... todo en cantidad suficiente para sustentarse. La vejez y el clima húmedo habían hecho estragos en el que antaño fue vigoroso cuerpo.

‘El anciano’ se encontraba moliendo torpemente un poco de grano para hacerse una torta con su harina o quizás algo de gofio de cebada, pero, apenas llegaron, se percató de la venida hasta su lado de aquellos hombres. Eran voces de hombres jóvenes y más altos que la forma que dibujaba su sombra en su encorvada forma de caminar. Ni siquiera podía distinguir los emblemas que llevaban colgados al cuello aquellos fornidos hombres. Agumey callaba, mientras intentaba hacerse una idea de las caras que podrían tener. Había parado de sonar el mortero contra aquella piedra pulimentada por los años de fricción. Los años te hacen más paciente y Agumey esperó a que aquellos hombres tomaran la iniciativa y le dijeran lo que querían de él.

–Respetable anciano –se apresuró a decir una voz grave, que se cortó esperando una respuesta. De este modo, aquel hombre pretendía llamar su atención.

–Veníamos a verle en busca de información –continuó la misma voz.

Agumey no conseguía distinguir al hombre que emitía estas palabras. ¿Información? ¿Qué querían de un anciano medio ciego como él?

–pensaba absorto y distraído hasta que otra voz, esta vez menos grave, le despertó del letargo en el que le habían embargado sus sombras–.

–Precisamos saber dónde está el árbol de la vida– dijo otro hombre, no tan joven como el anterior. Le resultaba familiar:

–Hecheres, ¿eres tú?

–¿Para qué necesitáis saberlo? –replicó Agumey una segunda vez.

Hubo un silencio, una ausencia de la palabra, que sólo el motivo de esta visita podía explicar. Tras unos segundos de miradas encontradas con el vacío, se oyó una voz que replicó:

–Algo nos falta –dijo tímidamente.

La mirada de Agumey, que se esforzaba por retener la luz, era de desconcierto, pero enseguida pudo advertir el motivo y miró hacia el cielo sin responder. El silencio es la manera de hablar de los sabios, pero

aquellos hombres se estaban impacientando. Para encontrar el árbol debían pasar una prueba que no todos los hombres podían lograr pasar.

–Lo primero que debéis saber es que la rareza de este árbol no sólo radica en que destila agua incluso cuando no se está en periodo de lluvias. Su forma no es más que un recuerdo del pasado y su nombre es Garoé. No lo reconoceréis a simple vista. Debéis fijaros bien en él porque sólo la observación os llevará al secreto del árbol –concluye Agumey, mientras un silencio que rompía sólo el viento se había acercado a aquellos hombres.

Sólo algunos habían viajado hace años al territorio de la tribu del Oeste. No sabían qué se encontrarían porque su historia era todo un secreto, un tabú entre ellos, y permanecieron inmóviles frente a Agumey.

–Dicen que la hechicera de los Achamán tiene el poder de la premonición. Puede ver el futuro porque es clarividente. Ella puede ver más allá del cielo, otros mundos, otros tiempos, otros... –calló de repente Agumey. Algo le había sobresaltado.

–Continúa, por favor, anciano –replicó alguien.

El anciano miró hacia arriba y, luego, dirigió sus ojos hacia aquella nebulosa que conformaban aquellos hombres. No continuó. Se limitó a pasar su lengua por su desdentada boca, enjuagándosela con saliva. Aquellos minúsculos ojillos miraban sin poder ver más allá de dos narices.

–Nos estará esperando –continuó, tras un incómodo silencio.

–Y no sabemos con qué intención nos acogerá en su cueva.

Agumey iría con ellos. Era el único que podía guiarlos hasta el árbol. Años atrás, el anciano había sido un fornido y valeroso guerrero entre los suyos.

Pero la noche se acercaba. Poco a poco, las sombras iban invadiendo sus respiros y el ambiente se oscurecía, dejando entrever sólo la luz de las estrellas y la Luna y la de algún fuego en el centro del poblado. La reunión se dio por concluida. Debían recogerse en sus moradas, donde poder soñar con las siguientes batallas. A lo mejor el dios de las penumbras les auguraba algo sobre lo que meditar. Las jornadas cada vez eran más cortas, pero los claros de la mañana no llegaban aún; sin embargo, ninguno de ellos pudo dormir esa noche.

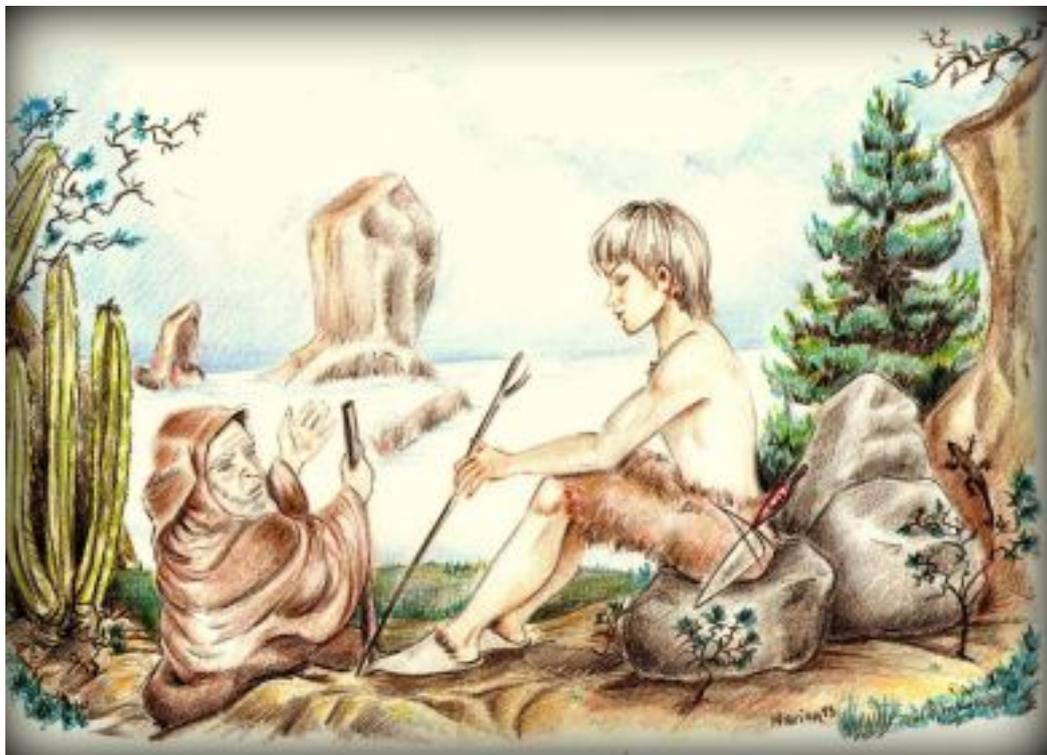
El viaje

Pasaron varios días, y aún esos hombres seguían pensando en la hechicera y el legendario árbol. Quizá su preciada agua podría solucionar los problemas de la tribu y la hechicera podría conducir sus respuestas

hacia el porvenir de aquel pueblo. Decidieron salir de expedición en busca del árbol. Así que prepararon todo para un posible viaje a lo más recóndito de la isla, hacia el Oeste, donde decían se encontraba. Salieron al amanecer y se despidieron de sus seres queridos: los besos en la boca de los amantes, los abrazos y besos a los hijos y hermanos y el consejo de los padres. Todos estaban con ellos en aquel viaje. No miraron hacia atrás, pues el viento parecía susurrarles que volvieran y si miraban no volverían jamás, o eso pensaban entre su pueblo.

Anduvieron varias jornadas entre mocanes, verodes, pitas, algún drago y flores marchitas y quemadas por el sol, y, a lo lejos, se divisaba un bosque de palmeras. Su sombra les aportaría el frescor que tanto buscaban en su descanso, pues el calor se hacía cada vez más intenso y permanente. Sus pies los tenían cansados y el polvo del camino se mezclaba con su sudor. A lo lejos, en la línea que marca el horizonte, sólo se divisaba una nube de polvo. Simplemente, sabían que de allí venían los que buscaban leyendas y mitos desconocidos para los hijos de Imaginaria.

Hecheres, llamado 'el poderoso', iba capitaneando el grupo. Él siempre tenía la última palabra, pues todos le respetaban como guerrero y como líder. Este día, Acorán les había indicado el camino por donde debían ir, las señales no les podían engañar.



Las harimaguadas o doncellas blancas habían coreado múltiples veces el nombre de Acorán por aquellos que viajaban y, éste, a lo largo de los años, las había dotado de sus más preciados dones de nobleza, sabiduría

y del respeto que les brindaba su pueblo. El hechicero Armiche les había dicho que Acorán les guiaría, e, insólitamente, que sólo una gota de sangre derramarían. Estos hombres creían tan fielmente en Acorán que sus esperanzas estaban puestas en que su viaje tuviera éxito. Esperaban que sus hazañas fueran contadas en torno al fuego, en el beñesmén, y, que los mejores cabritos les fueran ofertados en la apañada del ganado salvaje. La gloria -como decía Agumey- era sólo para los buenos de corazón, sólo su pureza podría ser medida con el agua del Garoé.

En el palmeral, descansaban del trabajoso viaje, mientras observaban que eran demasiadas montañas las que, impávidas ante la acción de Magec, les retaban; pero ellos eran ágiles escaladores acostumbrados a este territorio montañoso. ¡Eran tan grandiosas y ellos tan minúsculos!, tanto que sobrecogía sus corazones al observarlas desde su tranquila morada de palmas, en la que se habían tendido para dormir al fresco.

Éste sería el último momento en que verían ese pacífico amanecer; sus tonos anaranjados contrastaban con el otro lado de la isla, al Oeste, donde todo era rojo: las montañas, los árboles y flores silvestres, el agua, y Magec en su más ardiente estado. Temían acercarse hasta allí, pues era una región casi desértica y abandonada de la mano de Acorán, donde Magec reinaba a sus anchas. Ni siquiera las tímidas gotas del rocío matutino, que otros años veían desde sus casas se atrevían a aparecer por estas tierras. Pero, en lo alto, se encontraba aquel extraño árbol.

El árbol de la vida y Andamana, la madre

Sus hojas, verdosas, eran de forma alargada y de ellas colgaban las gotas de ese translúcido manjar de los dioses. Su tronco estaba recubierto de musgo, también de color verde esmeralda, y sudaba gotas por sus poros. Finalmente, sus flores eran blancas y pequeñas, tan minúsculas que parecían graciosos copos de nieve, puros como su agua. Se acercaron con júbilo, tras una dura escalada, a aquella maravilla que veían sus ojos. Hasta allí, el viaje había sido relativamente tranquilo, sólo las montañas les habían entretenido. Pero, una sorpresa les esperaba aún. De repente, detrás del árbol, apareció una bestia lanuda, Tibicena, can mestizo de bardino, que se acercaba a ellos ladrando rabiosamente. El animal, que protegía el árbol y su agua, se prestó a atacarlos:

–Alejaos --parecía decir con sus ladridos.

Hecheres ordenó a los hombres que se apartaran prudencialmente:

–Echémonos atrás con sigilo. Tened cuidado. Mirad esas fauces.

–Él protege sólo el árbol –decía Hama, ‘el que más’.

Volvieron hacia atrás sus pasos, mientras el animal seguía increpándoles con fieras miradas, y un extraño viento se levantaba desde el Este. ¿Quizá el que traía la calima se había aventurado hasta allí? –pensaban.

–Debemos llegar a un acuerdo sobre cómo actuar con este fiero guardián –replicó Agumey.

–Sí, deberíamos utilizar un señuelo –decía pícaramente Atacaite, “Corazón valiente”.

Todos estuvieron de acuerdo. Sólo Andamana, ‘la madre’, callaba mientras observaba la escena. Atacaite iría a cierta distancia con un poco de tocino, haciendo que el animal lo oliera, y los demás se esconderían tras unas rocas cercanas. Mientras éste comiera, ellos robarían el agua. Atacaite llamó así la atención de Tibicena:

–Ven perrito, ven. Anda bonito, acércate –canturreaba con voz dulce pero firme, repetitivamente.



Ni se inmutó. Tibicena estaba acostumbrado a las triquiñuelas de los pobres infelices que se habían enfrentado a él. Además, no comía nada que no le diera su dueño. Así que no resultó el plan de aquellos hombres. Al ver que no funcionaba decidieron hacer un corro para planear lo que hacer:

–Deberíamos cogerlo por detrás y agarrarlo entre varios fuertemente por la mandíbula, mientras otros lo azuzan con ramas desde delante

–concluyó Hecheres.

Pero Agumey no estaba de acuerdo:

–¿Recordáis lo que os había dicho sobre el árbol? –preguntó mientras les miraba en busca de una respuesta afirmativa.

Entonces fue cuando, de repente, oyeron a Tibicena ladrar de nuevo. Todos dirigieron sus miradas hacia el árbol y vieron asombrados cómo Andamana se acercaba al animal. Éste seguía ladrando, pero la mujer no le temía. Consiguieron oír unos dulces susurros entre el ruido del viento, que movía las hojas y sus gotas de agua de un lado a otro:

–Respetable can, venimos en busca del agua para dar respuesta a nuestras preguntas. Tenemos sed y la necesitamos. Puedes tomar mi vida si es necesario para conseguir la vida de otros.

Ella no oía lo que le gritaban los hombres, imbuida en un extraño trance. Había sido una harimaguada en su juventud y su comunicación con su dios había sido tan especial que la consideraban entre los suyos una mujer sagrada. Aquellos le gritaban:

–No te acerques más a él, mujer. Te va a matar.

Pero ella les ignoraba, segura de sí misma, se atrevió a acariciar al animal. Con tono suave y buenas palabras consiguió calmarlo, y solo le hizo un rasguño con los dientes en un dedo al tocar ésta su hocico. El animal le abrió paso hacia el árbol. Pero, sólo ella pudo acercarse hasta él, lo suficiente para llenar su odre de agua y coger unas hojas y flores para guardarlas en un trozo de piel de cabra, pues más adelante las necesitarían.

Los hombres no salían de su asombro. Había sido una imagen de bondad sublime la que habían visto, cuando, instantes antes, la imaginaban llena de sangre y moribunda por una certera dentellada de la bestia. Tras esa escena y bajar de la montaña, su camino sería otro.

Los esforzados héroes de Imaginaria se hallaban en su viaje al Oeste y mientras tanto esfuerzo físico solo podía descansar de sus preocupaciones charlando:

–Gran verdad dijo Armiche, el hechicero, cuando profetizó que sólo una gota de sangre derramaríamos, pero no dijo de quién. Sus sortilegios no llegaron a vislumbrar a la persona que daría su sangre, a modo de pequeño rasguño, de un blanco y delicado dedo de mujer –meditaba en voz alta Hama, mientras caminaban por la vereda de la montaña más

cercana de la que antes habían estado.

–Es verdad que valerosos guerreros como los en este viaje reunidos no los encontraremos en la tribu, pues son los mejores hombres de armas que podían haber en todo nuestro territorio –replicaba Hecheres enalteciendo la moral de su grupo.

–Sin embargo, también son famosos los de la tribu del Oeste por su ferocidad y sabiduría con el magado –respondió Agumey. Y no son las únicas armas que saben usar bien desde niños.

–¿Es cierto que son entrenados casi desde el momento en que empiezan a caminar? –preguntó curioso Atacayte.

–No digas bobadas, joven Atacayte. Tus palabras no son más que la repetición de las historias que nos cuentan en los beñesmén los ancianos y ya sabes cómo son esas historias –se revolvió, agitado y esta vez molesto, Hama.

–Es cierto que ellos, tanto como nosotros, son entrenados desde jóvenes en esa disciplina; las armas, el magado especialmente, son sus compañeras en cualquier equipaje, como si es para pastorear, no se separan de él. Son hombres de guerra y no de paz, por eso hacía falta que fuéramos los que son más merecedores del privilegio del trato o lucha con estos otros hombres.

De repente, una voz femenina, que antes habían escuchado en pocas ocasiones, irrumpió en la conversación:

–Buenas luces y valores tienen los del Oeste, como tú bien sabes, anciano, pero no debemos acercarnos a ellos con las armas de nuestras manos y puños o piernas, sino con las palabras. Mi persona y la de la hechicera de los Achamán son complementarias en esta historia. Debía haber un equilibrio, pero en vez de eso nos encontramos con que ellos dominan y conocen bien su territorio y nosotros no, por eso debemos obrar con astucia y diplomacia y aprovechar la ventaja de lo que ya contamos –dijo señalando el odre y pieles que portaba Hecheres cuidadosamente.

Poco sabían aquellos hombres de Andamana. Aquella mujer sagrada era respetada y escuchada como uno más de los consejeros del sabor, puesto que su sabiduría la hacía ser merecedora de tal honor. Era imprescindible su presencia en este viaje, puesto que Armiche había profetizado que su persona sería decisiva en su misión, y no se había equivocado. Las harimaguadas la habían despedido con todos los honores que se brindan a estas doncellas de tez blanca, tan blanca como la espuma de la ola que rompe ruidosa contra la roca, como las flores del más hermoso y deseado

árbol, puras como copos de nieve.



–¿Cómo habría llegado una simple mujer a la conclusión de que la bondad y la pureza eran la razón de existir de aquel árbol, criado y mimado por Acorán? –pensaba Agumey. Ella había logrado descubrir su secreto, su llave para la cerradura que tan fieramente guardaba aquel gran can. Se decidió a preguntar:

–Dime, mujer sagrada... –vaciló en decir–. Dime, Andamana, ¿qué viste en el árbol que te dio la señal de lo que tenías que hacer con tal guardián?
–le dijo Agumey algo curioso.

–¿No te fijaste en esas bellas y pequeñas flores blancas que lo adornaban sin pudor? –le respondió ella.

–¡Qué hermosas son! Si yo las cuidara y me las llevara y plantara al lado de mi casa, no serían las mismas, no serían tan bellas, ni tan blancas, ni tan perfectas como lo son las gotas de lluvia que de ellas y sus hojas cuelgan –terminó diciendo ella.

Agumey no conseguía entender la razón de sus comentarios sobre las flores. Las mujeres –pensaba– son capaces de sentir cosas que los hombres ni siquiera ven o reparan en ellas.

Especialmente, Andamana debía tener unos 29 años. Su rostro era ovalado y blanco como la nieve, sonrosadas las mejillas y con unas graciosas y tímidas pequitas que asomaban dispersas por pómulos y nariz. Su forma recta y ancha, los labios gruesos y carnosos, rojos como la sangre y apetitosos ante sus ojos. Sus ojos eran melosos y más verdes eran aun cuando el sol caía sobre ellos en su más fogoso sentir, y sus cabellos castaños, reflejaban el sol en su más brillante estado, con mechones levemente trigueños. Las cejas, insinuadas, por escasamente pobladas, le daban un toque de gracia a tan aniñado rostro de mujer. Y, por encima de sus labios, en su lado derecho, aparecía un gracioso lunar, que casi alcanzaba al hoyuelo que se formaba cuando sonreía. El cuerpo menudo, porque era de bajo talla, como las dueñas chicas, y delgado, pues destacaba por su gracilidad. Pero tan pequeño cuerpo escondía gran coraje y fortaleza, un carácter indómito y sabios pensamientos y palabras, aunque apasionado sentir de la vida.

La llamaban 'la madre', aunque ningún hijo había salido de sus entrañas, pero de todos cuidaba con esmero y verdadero cariño, mimándolos y consintiéndolos como a niños, hasta el punto de que a algunos molestaban tantas atenciones y mal pensaban de sus intenciones. Pero después de lo que habían visto, algo había cambiado su opinión sobre aquella mujer. Desde ahora la llamarían *madre*, por lo valiente de su acto, de su sacrificio, como la que pare y da la vida por su hijo en la venida a este mundo, quedando tristemente huérfano éste de tan valiosa persona.

El épico viaje al Oeste y la tribu de los Achaman

El camino era lento, caluroso, el sudor acompañaba sus pasos sobre cada poro de sus bronceadas pieles; sólo ella se protegía con largas pieles que le llegaban pudorosamente hasta los pies, y mantenía así su piel a salvo de tal ultrajador. Brillaba ese día especialmente su rostro sofocado, reflejando la luz que había en su interior y en tan tersa piel. Esforzado era

el camino, tortuosos sus senderos montañosos, sólo las cabras se aventuraban por ellos, pues era un terreno ignoto, desconocido para la mayoría de ellos. Las fronteras infranqueables de la demarcación territorial de cada tribu estaban en cada memoria de los habitantes de Imaginaria, sólo unos peñascos reconocibles por sus formas las delimitaban.

Este día estaba siendo muy largo y estaban sedientos. Los hombres no podían más que toser, pues el polvo del camino, que levantaban sus pies, se les metía en los pulmones. Y ya empezaban a escasear los odres, antaño llenos de agua, ahora semivacíos. Y sus gotas servían de refresco para los sudores de aquel esforzado viaje. Apenas caían sobre sus bocas algunas, al instante el siguiente le arrebatava el odre al que lo mantenía sobre su cara, para capturar en ese instante las restantes. Tal era la situación de escaseo que las medidas a tomar eran de puro racionamiento.

No sabían cuántos días de camino les quedaban hasta llegar a la morada de la tribu del Oeste, pero estaban preocupados por saber lo que se encontrarían. Agumey era el que más acusaba el cansancio, por su avanzada edad, pero sorprendía que hubiera llegado hasta ese punto en tan buen estado. Este anciano tenía una extraña fortaleza, pese a su aspecto lastimero y molesto por su fealdad, la de la vejez más cruel. Y es que Agumey tenía un secreto que no había desvelado a nadie más que al anterior hechicero de la tribu.

Decidieron acercarse a la costa para no sentir tanto agobio con el calor que hacía que el desierto rojo fuera una barrera casi infranqueable que protegía de ataques de las otras tribus a los hombres del Oeste y los aislara así del resto. La muerte acechaba en cada roca roja, en cada tormenta de polvo, pues el viento soplaba con inusual fuerza. Sólo el salitre hacía, con la brisa marina, que sus sentidos despertaran ante la somnolencia y sopor, dado que los días eran increíblemente calurosos y entraba en sus entrañas y en sus pulmones todo lo que esta tierra tenía de dura y polvorienta. Se preguntaban cómo podían vivir allí los de la tribu del Oeste. Magec era cruel en esas tierras y su sed cada vez más grande. Sospechaban que Gabiot les acechaba para su mal.

Sin embargo, Acorán les protegía en este viaje y –de repente– sintieron que hacia ellos, bajo sus pies, llegaban unas gotas de agua. Parecía el lecho de un arroyo que discurría aparentemente de un manantial desde el interior del barranco. Hecheres dio orden de que siguieran por el camino del barranco hacia el interior, por los caminos de las cabras. De repente, en un momento dado, unas rocas se desprendieron del barranco alcanzando a Hama e hiriéndole en una pierna. Hama no podía andar bien y tenía una herida en la pierna del golpe de un peñasco caído. Andamana se dispuso a hacer una cataplasma con hierbas que portaba y decidió usar la única agua que sabía podría usar, pero sólo una gota derramó. El odre

que celosamente defendía Hecheres llevaba el agua del Garoé y esa gota que usó para limpiar la herida hizo que inmediatamente la herida de Hama, tras un extraño burbujeo blanquecino, cerrara perfectamente. Las propiedades de las hojas y agua del Garoé eran legendarias. Pero fue entonces cuando comprendieron el gran secreto del árbol y el gran poder y responsabilidad que conllevaba su uso. No podían permitir que nadie se apoderara del árbol ni de su agua, e –incluso– pensaron que su agua podía permitirles sanar siempre y quisieron volver hacia él y abandonar el viaje para regresar a su pueblo con este tesoro recién descubierto. La algarabía era tal y el entusiasmo que Agumey tuvo que poner orden y hablar de esta manera, haciéndose escuchar en voz alta:

–Jóvenes guerreros, madre, escúchenme un momento. No podemos volver atrás en el viaje. Esa agua no podrá ser vuelta a coger por motivos egoístas, sólo en caso de primera necesidad. Mírenme a mí, soy muy viejo, pero fuerte. El agua sana, da la vida, Ahemón es vida, pero no da la eternidad ni la juventud como pensáis. Yo soy el ejemplo. He vivido muchos años, pero pronto moriré y, aunque fuerte, soy un viejo. El Garoé me dio salud, pero no me dio juventud ni inmortalidad. Yo, como ustedes, fui hace años hasta allí buscando el secreto del árbol. Me enfrenté a mil pruebas, pero tenía un motivo egoísta, pues quería ser poderoso, joven y vivir siempre y –aunque conseguí alargar mi vida– Acorán es sabio y sabe lo que debe vivir cada uno. Ahora, lo que nos preocupa es nuestro pueblo, necesita agua, necesita beber, necesitamos cosechar, dar de beber al ganado, porque si no, moriremos, y, Acorán quiere que lleguemos a nuestro destino y cumplamos con nuestra misión.

El discurso de Agumey calmó los ánimos e hizo entrar en razón a los jóvenes que, inconscientes, pensaban que podrían burlarse de la sabia naturaleza. Decidieron seguir su camino. Y mientras más se adentraban en el barranco, más verde se volvía el lecho del arroyo, llegando finalmente ante un manantial y unas cascadas tras dos horas de camino. No podían estar más felices ante tal hallazgo. Pudieron bañarse desnudos en las cascadas, coger agua, comer abundantes y ricos higos y descansar del agobiante calor que habían padecido. Decidieron hacer noche en las cercanías, sin sospechar que no muy lejos estaban los hombres del Oeste en una partida de caza y que solían frecuentar este manantial y sus cascadas. Al anochecer, fueron sorprendidos por los otros, que andaban molestos con esa invasión de su territorio por unos desconocidos. Ni siquiera le había dado tiempo a Hecheres de enviar un explorador y dormían plácidamente sin preocupaciones, embriagados de tanta agua que había calmado su ardiente sed, hasta que clareó el día.

Guriruquian, el jefe de la partida de los otros, se enfrentó a Hecheres en un ataque verbal:

–Invasores, ladrones de agua, –les increpó–, ¿qué hacen unos hombres del Este y una mujer en estas tierras? ¿Vienen en son de paz o buscando

guerra? Pocos hombres traes para ello. Nosotros os sacamos ventaja en el triple de hombres de guerra.

–No te equivoques. Yo soy Hecheres, jefe de esta partida, vengo de la tribu del Este y buscamos a la hechicera de los Achamán para agasajarla y pedirle consejo –expresó siempre tan diplomático Hecheres.

–¿Crees que voy a fiarme de tu palabra? ¿Quién me garantiza que no vienes a explorar nuestro territorio para luego volver y contar a los tuyos todos nuestros secretos, todo lo que has visto?

–Nosotros somos hombres de honor, luchamos por nuestro ganado, luchamos contra el que nos ataca, pero no queremos invadir territorios ni tomar lo que no es nuestro.

Mientras tanto, los demás atendían a la escena.

–Pareces listo y valiente, guerrero del Este, Hecheres, tendrás que demostrarme tu valor en un combate al estilo de esta isla.

El joven Hecheres, a la edad de 20 años, era inquieto, vivaracho, demostraba gran valor en los juegos y era de inteligencia audaz. Desde muy jóvenes, los hombres de la tribu eran entrenados en diversos juegos que necesitaban destreza, agilidad, reflejos.

Había sido campeón de numerosas batallas con las piedras y con el magado, pero no era hábil en la lucha corporal, pese a su fortaleza.

En esta ocasión se enfrentaba al jefe. El combate duró cerca de dos horas. Era un contrincante de especial habilidad, entrenado desde muy niño para esquivar las piedras que su contrincante le lanzaba y duro como la más fuerte madera de tea, pues sus puñetazos, incluso con las piedras sagradas de entre sus dedos, apenas le causaron daño. Pese a que Hecheres tenía una poderosa izquierda en combate, 'el hombre de roca', Guriruquian, no caía al suelo. Tal fue el forcejeo que, aún en su vejez, Hecheres conservaba las heridas que le ocasionó el combate, dado que para el duelo ambos hombres iban armados de la misma manera.

Después de esa memorable lucha, Guriruquian y Hecheres se hicieron amigos, tal era la consideración que entre su pueblo se tenía por el honor de los combates y el reconocimiento del valor de cada contrincante, pero ninguno salió vencedor, pues medían sus fuerzas entre iguales.

–Algún día nuestros descendientes y los demás guerreros de la tribu recordarán este combate –le profetizó Guriruquian.

Y no se equivocaba.

La hechicera de los Achaman y sus presagios: dos mujeres poderosas

Esos hombres les llevaron ante la hechicera de su tribu, los Achamán, la conocida como 'la innombrable', pero ella les recibió en la entrada del poblado, dado que ya les esperaba hace tiempo.

-Bienvenidos -les dijo amablemente. ¿Me han traído mi regalo?

En estos momentos sólo habló 'la madre', dado que las dos mujeres se entendían mejor entre sí. Era Andamana la responsable de la gran carga que llevaban y se la ofreció a la hechicera, primero el odre con el agua del Garoé, lo cual la contentó mucho, y luego una pocas hojas y flores que había apartado para ella, reservándose otras para sí misma sin que la otra lo supiera.

La hechicera les invitó a pasar a su cueva y allí decidió hacer el ritual. Conocía lo que querían saber y ella y su especial relación con los espíritus y sus trances podría responderles.

-Una vuelta, un regreso, un hijo recién nacido, cosechas en recolección, ganado pastando y dando leche y cabritos. Todo está confuso -acertó a decir la hechicera de los Achamán. Es lo que veo. No sé nada más sobre qué significa.



–Venerable hechicera, no puedes dejarnos así, sin saber el significado de tus palabras –se dirigió a ella, –respetuosa–, Andamana.

–No veo nada más. Esas son las respuestas.

–Bien, gracias. No insistimos.

–Pero, ¡no puede hacer eso después de todo lo que hemos pasado! –dijo indignado Atacayte.

–Silencio, Atacayte, cuidado con tu lengua –le ordenó Hecheres.

–Volveremos sin tardanza. Nos necesitan allá.

A la mañana siguiente, salieron del poblado decepcionados e fueron todo el camino quejándose por todo lo sufrido, aunque ahora el camino por la costa, y acompañados de algunos hombres del Oeste, era más benévolo e, igualmente, iban bien aprovisionados de agua y comida. Al menos, habían hecho amigos y sus relaciones con la tribu de los Achamán ahora eran cordiales y amistosas, tan contentos estaban de tener el agua del Garoé.

El final y el principio de algo

Tras varios días de marcha llegaron por fin a su poblado y allí les esperaban algunas sorpresas. Acorán quería que regresaran para ver a sus hijos recién nacidos, sus cosechas en buen estado y sus ganados dando fruto. Y las lágrimas de emoción de Acorán, por fin, les dieron, a su vuelta, un motivo para volver a sonreír, pues, pese a ser grises, alimentaban de nuevo la naturaleza, pues no hay peor desgracia para un pueblo que una gran sequía. No sabían que esas lluvias traían nuevos visitantes a Imaginaria. Todo sucedió muy rápido, pues ya no había peligros que los entretuvieran ni los pusieran en peligro. Y, en lo alto de aquella montaña, aún seguía el Garoé, su árbol sagrado.

Armiche concluyó elucubrando sus ideas y comunicó a su pueblo que Acorán les había mandado esa prueba a sus hombres para demostrar su pureza, su valor, y su capacidad de amistar con otra tribu, que –a partir de ahora– sería su aliada. Todo formaba parte del plan divino ante las próximas circunstancias sobrevenidas.

Auxiliadora Rodríguez Suárez